

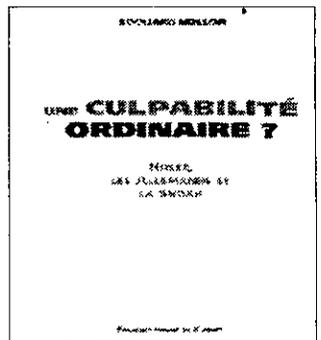
A la derecha, cadáveres en Bergen-Belsen (1945). Más a la derecha, Daniel Goldhagen. Abajo, jóvenes pronaizis en los Sudetes (1938).



El batallón policial 101

Al comparar el análisis que hizo Christopher Browning del batallón policial 101 con el que hace Goldhagen, Husson destaca que el primero acude a múltiples factores para explicar el comportamiento de los hombres que lo componían, mientras el segundo remacha una y otra vez los documentos que avalan que fue el antisemitismo alemán el que les movió a actuar.

Los "hombres corrientes" de Browning son más próximos, más aterradores, más iguales a nosotros mismos. Son, al menos, tan conformistas como antisemitas convencidos. Browning asegura que el grupo más significativo de aquel batallón policial lo formaban los que "no compartían las prioridades ideológicas del régimen, pero se convirtieron en asesinos, a pesar de sus dudas iniciales y su ausencia de entusiasmo". Husson afirma, siguiendo a Ian Kershaw, que la mayoría de los alemanes actuaron con "indiferencia" ante la política nazi hacia los judíos. Eran "antisemitas pasivos" y fue su adhesión a Hitler en sentido amplio más que su "antisemitismo eliminador" lo que hizo posible el genocidio.



En 'Une culpabilité ordinaire?', Husson analiza el libro de Goldhagen

Éxito popular, desastre crítico

El libro de Goldhagen levantó ampollas en Alemania, donde los historiadores lo han minusvalorado

E.C.

SI este libro no tiene valor, en su forma ni en su contenido, ¿por qué han temblado los pilares del templo?", se preguntaba irónicamente Israël Gutman, especialista en el Holocausto, en el diario 'Haaretz' de Tel Aviv.

Lo que en principio iba a ser una tesis doctoral de un joven politólogo de la prestigiosa Universidad de Harvard, el profesor asociado Daniel Goldhagen, provocó un auténtico terremoto en Alemania, donde la aceptación popular fue enorme y las críticas adversas entre los historiadores casi unánimes. El éxito del libro fue tan espectacular que el solvente 'Die Zeit' publicó páginas y páginas antes de que la obra hubiera sido traducida del inglés. En Estados Unidos, 'Los verdugos voluntarios de Hitler' se situó en la lista de *best sellers*, mientras en Alemania vendía 80.000 copias en las cuatro primeras semanas después de su publicación.

Mal libro, sin rigor científico, obra de segunda mano, son algunas de las críticas a Goldhagen en Alemania

El 'fenómeno Goldhagen' era más que una brillante operación mediática bien preparada, había alcanzado la fibra más sensible de la sociedad alemana. Nunca un libro, desde 1945, había afectado tanto a este país.

Simplemente un mal libro (Eberhard Jäckel); no alcanza la altura de

una obra científica (Hans Mommsen, su principal opositor y uno de los más prestigiosos especialistas mundiales del nazismo); libro de segunda mano, no aporta nada nuevo (Norbert Frei). Estas fueron algunas de las descalificaciones de los más destacados historiadores alemanes, que acusaron a Goldhagen de hacer lo mismo que los nazis con los judíos: transformar a los alemanes en eternos culpables y resucitar el concepto de *Sonderweg* o excepcionalidad germánica.

El material crítico que ha generado esta obra, árida y repetitiva, es inmenso. Incluso se han publicado varios libros en los que se analiza este acontecimiento social. Es el caso de 'Une culpabilité ordinaire' (Ed. François-Xavier de Guibert), de Edouard Husson, investigador del Centro de Estudios Germánicos de Estrasburgo.

En una carta abierta al autor estadounidense que prologa el volumen, Husson resalta que "usted ha tocado un punto extremadamente sensible de la conciencia nacional alemana" y valora su obra porque permite abordar "cuestiones fundamentales de nuestra cultura". Goldhagen, de hecho, asesta un golpe terrible a la idea de la "normalidad alemana" al considerar el Holocausto como un "proyecto nacional" alemán.

Husson destaca la buena acogida que tuvo el libro entre los supervivientes del exterminio, que afirman que lo que cuenta el sociólogo se parece mucho al horror que ellos sufrie-

ron, y entre la juventud alemana, que aplaudió a rabiar a Goldhagen en los numerosos debates que el libro generó en Alemania. Para Husson, uno de los méritos de éste es suministrar al gran público información confinada habitualmente en obras complejas y poco leídas. Considera lógico que los historiadores se hayan indignado por presentar esta obra como una novedad absoluta cuando existían desde hace años estudios como el de Raul Hilberg ('La destrucción de los judíos en Europa') o el de Christopher Browning ('Hombres corrientes'). Pero el insolente joven de Harvard ha permitido que la gente aborde cuestiones esenciales reservadas a especialistas.

Sin embargo, Husson observa "debilidades en la argumentación" de Goldhagen y considera que sería demasiado fácil si el Holocausto fuera tan sólo "el resultado de un virus ideológico".

El experto francés se pregunta si la realidad no fue aún más terrible de lo que dice este "auténtico universitario y hombre de la comunicación" a partes iguales que es Goldhagen. Porque es mucho más terrorífico que fueran alemanes "verdaderamente corrientes" los que cometieran el genocidio sin compartir la "ideología monstruosa de Hitler y sus esbirros".

Uno de los límites mayores de la argumentación del joven estadounidense es "querer reducir, a cualquier precio, a los verdugos no al *más pequeño*, sino al *más grande* común denominador. Dicho de otra manera,

generaliza de una forma intolerable y simplifica en exceso. Husson también detecta una contradicción: decir que los verdugos eran libres para actuar cuando al mismo tiempo eran rehenes de una ideología eliminadora. Además, dice el especialista francés, al analizar los batallones policiales, los campos de trabajo y las "marchas de la muerte", Goldhagen nos presenta pocos alemanes corrientes. Tampoco es muy científico, añade, incluir abundantes muestras de indignación moral en el relato. Husson reprocha también a Goldhagen que subestime que Alemania era una dictadura y que los alemanes estaban sometidos a una gran intimidación y a una propaganda descomunal. O que no compare el antisemitismo alemán con el de otros países europeos para demostrar su tesis de que el primero era diferente.

En Francia, las críticas también fueron generales. Henry Rousso, en 'L'Express', aseguró que la investigación empírica que aporta el libro sirve sólo para "ilustrar una tesis enteramente preconcebida" y calificó de "sofisma grosero" considerar a cientos de miles de asesinos como representativos de toda la sociedad alemana. Jorge Semprún calificó el libro de "largo, laborioso, pedante, pretencioso, repitiendo una y otra vez la misma tesis rudimentaria".

Se reprocha al sociólogo estadounidense que generaliza de una forma intolerable y simplifica en exceso